La (son)risa de Julio Torri

◆

SERGE I. ZAÏTZEFF

Alfonso Reyes —el primer comentarista de su amigo Julio Torri— vio con claridad allá por 1913 algunos de los rasgos más característicos del futuro autor de *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1940). Dice Reyes:

> Y el cuento se hace crítico, burlesco y extravagante. Como en Julio Torri *nuestro hermano el diablo*, un poseído del demonio de la catástrofe que siente el anhelo del duende para apagar las luces en los salones y derribar la mesa en los festines: un humorista de humorismo funesto, inhumano, un estilista castizo y un raro sujeto en lo personal.[1]

En seguida Reyes supo apreciar la limpidez estilística de la prosa de Torri y en particular la presencia de un humor extraño. Pocos años más tarde otro ateneísta, Martín Luis Guzmán, en *A orillas del Hudson* (1920), calificará a Torri de "humorista impávido".[2] Décadas después Luis Leal señalará como nota dominante de la prosa de Torri "el más sutil humorismo".[3] Lo cierto es que el desencanto escéptico de Torri encuentra su mayor expresión en la ironía, aunque a veces ésta se impregna de humor. A continuación nos proponemos examinar los textos de Torri que más se acercan a la expresión humorística con el fin de identificar sus elementos más peculiares.

En el mundo de Torri el tratamiento de la muerte incorpora a menudo una especie de humor. En "La vida del campo"[4] la manera de tratar este tema se aparta radicalmente del espíritu festivo, de la carcajada que suele caracterizar el arte de México. Por lo contrario, ahí se narra con la mayor seriedad el caso insólito de un muerto y de un borracho que, rumbo al camposanto, conversan sobre la vida del campo, o sea, la muerte bajo tierra. Todo el

texto está estructurado sobre la incongruencia entre lo que dice el muerto —una apología de las condiciones de su nueva existencia— y la realidad de lo que describe. Con perfecta naturalidad se pretende que la muerte es igual a la vida —los amigos, el sol y el canto de los pájaros; incluso la alegría de la tierra es "contagiosa" aunque "un poco húmeda"—. El humor controlado típico de este texto le da vuelta al convencional ideal bucólico que tradicionalmente (desde la antigüedad) se asocia con el campo. La última frase refuerza esa visión curiosa del tema: "La vida del campo tiene también sus atractivos."

En un texto como "De funerales",[5] Torri se vale de un estilo seco, cortado, sin emoción, para atacar el comportamiento sentimental, excesivo y ridículo de los seres humanos en los funerales. Desde el principio se establece el tono característico cuando leemos: "Hoy asistí al entierro de un amigo mío. Me di-

[1] "Nosotros", en *Nosotros*, núm. 9, marzo de 1914, p. 220. Reproducido de *La Revista de América*, París, 1913.

[2] *Obras completas*, vol. I, FCE, México, 1984, p. 97.

[3] *Breve historia del cuento mexicano*, 1956, reeditada por la Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1990, p. 85.

[4] *Ensayos y poemas*, en Julio Torri, *Tres libros*, FCE, México, 1964, p. 17.

[5] *Ibid.*, p. 23.

vertí poco, pues el panegirista estuvo muy torpe." La yuxtaposición inesperada de esas dos frases ya produce en el lector una reacción que está entre la sonrisa y la risa. En pocas líneas apretadas, Torri quita a los ritos mortuorios su solemnidad y emotividad al fijarse en lo absurdo de ciertas situaciones: la alabanza al difunto, el género de la oratoria fúnebre, la hipocresía emocional. La muerte no debe ser tomada en serio y por eso el narrador se burla de los excesos que la acompañan. Las convenciones y los lugares comunes provocan en Torri la crítica y la risa.

Uno de los textos más interesantes y más conocidos de Torri es "De fusilamientos", escrito en plena Revolución (1915) aunque no aparece publicado hasta 1992.[6] Con el fin de criticar la "institución" del fusilamiento —tan presente en esos años— se evita toda referencia a lo importante para concentrarse en pormenores triviales y verlo todo desde una perspectiva insólita, o sea, considerando el fusilamiento como acto estético. En esta visión volteada de la realidad los asesinos parecen ser dignos de admiración y lo insignificante adquiere una desmesurada importancia. Así se insiste, el día de la ejecución, en los efectos lamentables de la madrugada o en el comportamiento carente de "gracia y decoro" de los soldados, así como en su "deplorable aspecto", el cual hace sufrir "atrozmente" a los reos, quienes piden que se les venden los ojos para no verlos. Igual humor negro se utiliza cuando se da como explicación de la palidez de los condenados la "baja calidad del licor". El humor (la risa) resulta del hecho de reducir algo trágico a algo trivial mediante explicaciones inadecuadas o irrelevantes. En vez de presentar los fusilamientos como actos sangrientos, éstos son tratados como si fueran representaciones artísticas poco apreciadas, sin embargo, por un público insensible. El narrador implacablemente irónico sostiene que de no mejorarse la calidad de aquel "arte", seguirán escapándose los reos. Con innegable maestría Torri logra mantener una perfecta distancia humorística-irónica a través de un control exacto del tono y del léxico. Oscilando sutilmente entre el humor y la ironía "De fusilamientos" es un excelente ejemplo de lo que llamamos la (son)risa de Torri.

El humor negro se da también en "El ladrón de ataúdes", texto no publicado por el propio Torri,[7] en el cual aparece desde una perspectiva estética un caso insólito y despreciable. Una vez más se distorsiona deliberadamente el enfoque pero, además, la presencia de elementos extravagantes introduce una nota verdaderamente humorística. Hay ataúdes que rebasan los tres metros para poder acomodar a personalidades como la duquesa de Ollendorff, quien mide unos dos metros ochenta centímetros y está casada con un tenor italiano. Igual que en la prosa anterior, está ausente la indagación moral y predomina irónicamente un punto de vista estético. La eficacia del texto depende de la absoluta objetividad que se mantiene desde el principio hasta el final, técnica que también se observa en el famoso relato "La cocinera",[8] modelo de humor negro. Excepcional e inesperadamente irrumpe aquí el horror cuando se descubre en los deliciosos tamales de la notable cocinera un "precioso dedo meñique de niño". Los horripilantes crímenes cometidos por la "milagrosa" cocinera, no obstante, no afectan ni el tono de la narración ni la actitud de los comensales. La matanza de niños no indigna a esos hedonistas apasionados por la gula. El carácter absurdo y exagerado de las conversaciones (antecedente de Ionesco) refuerza el humor festivo de la narración hasta la irrupción de un humor más macabro. Sin emoción y con innumerables incongruencias, el hecho narrativo es visto desde un ángulo oblicuo y distorsionado. Detrás de la (son)risa se esconde la censura indirecta de una sociedad insensible, sin sentido moral, sin moderación. La hipérbole, el humor, la ironía, el *understatement* británico (Torri admiraba mucho a los humoristas ingleses) se combinan libremente en ese original cuento de horror.

A veces el humor se debe esencialmente a situaciones absurdas por ser exageradas. En "Fantasías mexicanas",[9] por ejemplo, dos carruajes se encuentran en un callejón y ninguno quiere retroceder hasta que por fin interviene el virrey después de "tres días con sus noches". La excesiva duración del encuentro y la hiperbólica enumeración de títulos que intercambian los aristócra-

[6] *Azulejos*, febrero de 1922, p. 14 (con ilustración de Diego Rivera). Luego en *De fusilamientos*, en *Tres libros*, pp. 49 y 50.

[7] Junto con otros textos de Torri dimos a conocer esta breve prosa en *El ladrón de ataúdes* FCE, México, 1987, pp. 19 y 20.

[8] *De fusilamientos*, en *op. cit.*, pp. 73 y 74.

[9] *Ensayos y poemas*, en *op. cit.*, p. 43.

tas causan un efecto humorístico y ponen de relieve lo ridículo del intransigente concepto del honor heredado de la cultura española. En contraste con estos aspectos deliberadamente exagerados, la estampa se elabora con un mínimo de palabras y desde la perspectiva de un narrador omnisciente. En el caso de otra fantasía titulada "Era un país pobre",[10] el humor resulta de una situación imaginaria llevada a un extremo absurdo. En esa utopía la literatura se convierte en un recurso valioso que se cotiza en la bolsa de valores de aquel país y por lo tanto adquiere una inesperada importancia. Poco a poco lo incongruente va aumentando y produciendo efectos humorísticos e irónicos. La próspera industria de la literatura ya tomada en serio acaba por resolver todos los problemas de la nación, la cual goza de un impresionante auge económico. Aprovechando el vocabulario del mundo de las finanzas, Torri construye esa sociedad utópica que será abruptamente sacudida por el inevitable derrumbe de los precios, causado por la aparición de libros complicados y torturados. Como para darle más verosimilitud a esa fantasía, se conservan algunas imperfecciones del mundo normal. No faltan por eso los "retrasados" en la crítica literaria o los malos poetas. Además, como en el *boom* de los años sesentas (evocado irónicamente por Monterroso[11]), el de Torri, imaginado casi medio siglo antes, suscita el interés de los extranjeros; se publican numerosas traducciones, "algunas infelicísimas aunque a precios verdaderamente reducidos". La (son) risa es lo que determina este cuento, que viene a ser un reflejo al revés de cualquier país materialista donde la literatura y las artes en general han perdido su prestigio. Con sonrisa escéptica, Torri suele juzgar a los escritores como lo hace a menudo Monterroso. Tal es el caso del escritor cuyo ideal era llegar a ser otro Goethe y por eso escribía sobre cualquier tema. La vanidad desmesurada de ese literato sin genio es cruelmente burlada y castigada. De hecho, sus funerales no fueron un éxito, nadie lo comparó con Goethe y, peor aún, aparecieron inesperadamente dos faltas de ortografía en su epitafio. Sin piedad, Torri se mofa de tales ambiciones con estas "Xenias",[12] forma satírica usada por Goethe para censurar los defectos de los escritores. Con igual sonrisa maliciosa se cuenta la historia de un profesor universitario que precisamente por carecer de ideas propias triunfa en la sociedad y en la crítica literaria.[13] Esta relación de causa-efecto es presentada como si fuera lógica o irrefutable. Paradójicamente este maestro carece de lo más importante, es decir, la capacidad de pensar. La ironía se vuelve mordaz cuando por fin, luego de largos años, ese repetidor de ideas ajenas consigue tener una pequeña idea suya.

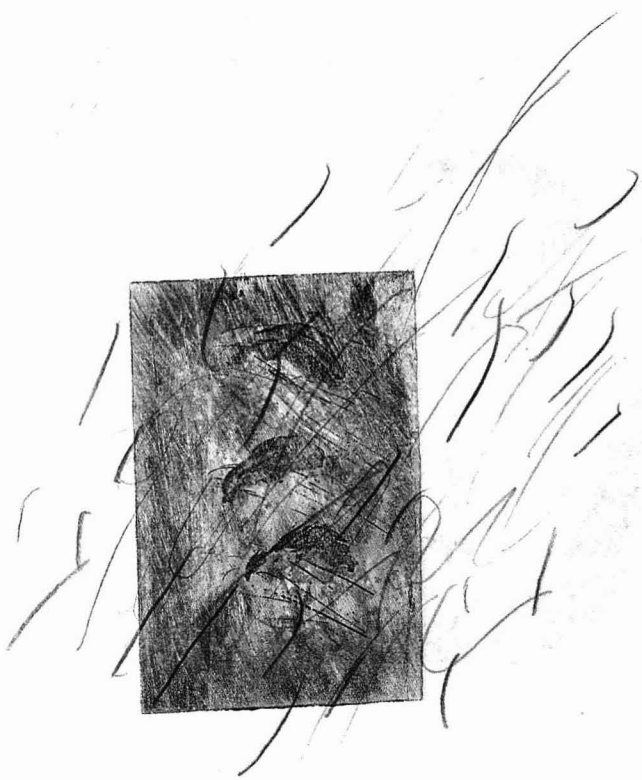
[10] *Ibid.*, pp. 38-41.

[11] "Dejar de ser mono", en *Movimiento perpetuo*, Joaquín Mortiz, México, 1972, p. 85.

[12] *Ensayos y poemas*, en *op. cit.*, p. 42.

[13] "La humildad premiada", en *México Moderno*, 1° de agosto de 1920, p. 21. Luego en *De fusilamientos*, en *op. cit.*, p. 56.

La sonrisa maliciosa es también el rasgo característico de "Gloria mundi",[14] texto en el cual se examina la rápida subida y bajada de un burócrata mexicano. La conducta humana, frecuentemente absurda y ridícula, es tema predilecto de Torri, quien lo observa todo con agudeza y lucidez. En esta narración le fascina la transformación repentina de un pobre empleado cuando las circunstancias lo propulsan a una posición de poder. Esta situación da lugar a múltiples matices de lo humorístico y lo irónico. No sólo se señalan idiosincrasias extrañas a la vida política del país sino que se insiste en el comportamiento algo extravagante del señor Medrano, quien "asentó sus reales en el lujoso despacho del subsecretario". La vanidad humana, la ineficacia del sistema, la crueldad del poder son criticados por Torri con una comprensiva sonrisa/risa en los labios. En Torri la línea divisoria entre humor e ironía es casi imperceptible y suele borrarse. La rueda de la fortuna sigue dando vueltas y de repente Medrano es expulsado de aquel reino y condenado a trabajar "en los sótanos, debajo de la escalera de servicio", o sea, en el lugar más apartado y de menos prestigio. De su "pasada y efímera grandeza" ha caído en el anonimato total. La rapidez y el tamaño de la caída contribuyen al impacto humorístico/irónico. La (son)risa casi se convierte en mueca cuando el narrador concluye que su "héroe" lo tenía todo para triunfar: "el imponente volumen de su cuerpo, la voz de barítono, el levitón... su inane verbosidad".



El uso del absurdo es llevado a un extremo y produce afectos aún más humorísticos en "De la vida maravillosa de Salva-

[14] *El Nacional*, 2 de abril de 1993, p. 3; *Universidad*, febrero de 1936, pp. 11 y 12. Luego en *De fusilamientos*, en *op cit.*, pp. 77-81.

Obstáculos", temprano texto de 1912 y no rescatado por Torri.[15] Escrito con auténtico deleite, este cuento fantástico ofrece casos inverosímiles como componer las cabezas de todas las niñas del mundo, perfeccionar las conversaciones, eliminar la paradoja, repartir perfectamente la población, en fin, abolir el caos del mundo mediante un concepto exagerado del orden y la razón. Aunque la ironía —dirigida a las mujeres, al matrimonio, a los poetas, a los maestros de escuela, a los norteamericanos— no puede faltar, aquí la rica imaginación del autor crea situaciones altamente humorísticas (basadas en la hipérbole) que casi provocan la risa. Se trata de un cuento fantástico que indirectamente critica los excesos del pensamiento racional y aboga por una actitud mucho más libre y flexible. La exageración sirve para ampliar los peligros que presenta el espíritu extremadamente rígido y científico. En "La conquista de la luna",[16] otra incursión en la ciencia ficción, el efecto humorístico se debe a la presencia de situaciones inesperadas o inverosímiles. Dice José Balza que "leer a Torri es voltear la realidad",[17] y de hecho en esta breve narración de

1914 el mundo se ve transformado y perfeccionado por la influencia de los conquistados. En tal utopía se había abolido la literatura y —como dice Torri maliciosamente—

> los tísicos eran muy solicitados en sociedad, y los moribundos decían frases excelentes. Hasta las señoras conversaban intrincadamente, y los reglamentos de policía y buen gobierno estaban escritos en estilo tan elaborado y sutil que eran incomprensibles de todo punto aun para los delincuentes más ilustrados.

Cuando Torri vuelve la mirada hacia el pasado y reexamina ciertos mitos, su visión crítica y original (como lo hará Juan José Arreola) se tiñe de humor e ironía. Así es su interpretación de cómo desaparecieron los unicornios. A partir de la legendaria atracción de estos animales fantásticos por las vírgenes, la imaginación de Torri elabora una teoría que propone que no subieron al Arca de Noé sencillamente porque allí "triste es decirlo, no había una sola doncella".[18] Además, se oponen a la elegancia y belleza de los unicornios la insensibilidad y el materialismo del venerable Noé (comparado a un hombre de negocios norteamericano). La (son)risa inicial desemboca al final en una mueca amarga al aseverar que el silencio es "lo único respetable que nos queda".

Mediante el uso moderado del humor, Torri dirige sus dardos a diversos aspectos de la existencia humana —especialmente los defectos y las flaquezas— y en algunas ocasiones él mismo se vuelve protagonista de sus ficciones y ensayos. Dentro de esta línea destaca "Anywhere in the South",[19] texto de claro origen autobiográfico. Se mofa de sí mismo al verse como modesto profesor de incierto porvenir y como mal poeta que no tiene "credenciales en regla del Parnaso" y que "podría contribuir con más de una a las Cien Peores Poesías Líricas Mexicanas", alusión paródica a la conocida antología de Antonio Castro Leal.[20] El humor se intensifica al imaginar situaciones en una posible vida conyugal con la femenina Miss Smith: "yo cantando himnos a su lado en un templo de paredes desnudas", o "la caravana de semanas, alimentando preocupaciones crematísticas bajo el ventilador insomne", o víctima de una falla mecánica en el desierto de Arizona. Entre el humor, la tristeza y la ternura, Torri contempla esa vida imaginaria que le promete el aburrimiento más completo. No obstante, se trata de una de las raras ocasiones en la obra de Torri en que la mujer es presentada con afecto y no con ironía. Cabe notar que en sus cartas —especialmente a Alfonso Reyes[21]— Torri suele autorretratarse con burla y escepticismo y se convierte en antihéroe de sus confesiones burocráticas y sentimentales. Igual que al observar a los demás, su propia imagen le provoca la (son)risa. Esta actitud que está a medio camino entre la ironía y el humor es la que mejor capta la manera muy personal que tiene Torri de contemplar el mundo. Estos textos de suma brevedad y perfección son únicos en su época también por su empleo del humor y la ironía. Sus lecciones no pasarán inadvertidas en México por Monterroso, Arreola y un gran número de escritores jóvenes. Torri enseñó que la inteligencia y el humorismo son perfectamente compatibles, o como lo ha formulado Monterroso —el pariente espiritual de Torri—: "El verdadero humorista pretende hacer pensar, y a veces hasta hacer reír."[22] ◆

[15] *El Mundo Ilustrado*, 18 de febrero de 1912, p. 16. Luego recogido en nuestra edición de Julio Torri, *Diálogo de los libros*, FCE, México, 1980, pp. 57-59.

[16] *Nosotros*, enero de 1914; *Vida Moderna*, febrero de 1916. Luego en *Ensayos y poemas*, en *op. cit.*, pp. 13 y 14.

[17] "Torri y Garmendia: los dioses preborgeanos" (de próxima aparición en *Quimera*).

[18] "Los unicornios", *De fusilamientos*, en *op. cit.*, pp. 73 y 74.

[19] *Examen*, 20 de noviembre de 1932, p. 7. Luego en *De fusilamientos*, en *op. cit.*, pp. 66 y 67.

[20] *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, Porrúa Hermanos, México, 1914. También participaron en la elaboración de esta antología Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado.

[21] Véase nuestra edición de Julio Torri, *Epistolarios*, UNAM, México, 1995.

[22] "Solemnidad y excentricidad", en *Movimiento perpetuo*, p. 100.